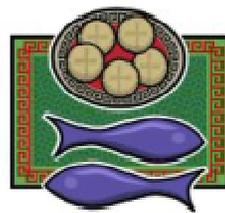


Queridos franciscanos de María, la palabra de vida de esta semana nos invita a acoger el mandato que Cristo dio a sus apóstoles cuando se vieron rodeados de una multitud que tenía hambre: “¡Dadles vosotros de comer!”. Ante la imposibilidad humana de hacerlo, el Señor hizo el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, pero lo hizo no haciendo surgir los alimentos de la nada o haciendo que las piedras se transformaran en manjares, sino multiplicando lo que la solidaridad de los discípulos había aportado. Sin esa aportación mínima, el milagro no se habría producido.

Lo mismo nos sucede a nosotros ahora. Contemplamos cómo a nuestro alrededor sufre la gente –el hambre que afecta a Somalia, por ejemplo- y le pedimos a Dios que intervenga. Incluso alguno hasta se enfada con el Señor culpabilizándole de las desgracias que afligen a los hombres. Sin embargo, pocos son los que se preguntan: “¿Qué estoy haciendo yo?”. Pues bien, esta pregunta es la que debemos hacernos esta semana: “¿Qué estoy haciendo yo para que las cosas cambien o al menos para que mejoren?”. Alguno podrá aducir que él no tiene nada para dar y es posible que eso sea verdad en lo que respecta a las cosas materiales. Sin embargo, todos podemos y por lo tanto todos debemos dar siempre no sólo algo sino mucho. Incluso en las cosas materiales, podemos dar más de lo que creemos. Por ejemplo, en Latinoamérica es muy frecuente que los católicos se acerquen a la Iglesia –a las parroquias o a los movimientos- para pedir, pero cuando se hacen protestantes dan el diezmo de lo que tienen y lo hacen con alegría. Gracias a ese diezmo, esas comunidades evangelizan por ejemplo a través de los medios de comunicación. Hay, pues, que cambiar de mentalidad. En vez de preguntarte qué puedes sacar de tu parroquia o de la familia espiritual a la que perteneces, pregúntate qué puedes hacer por ella. Y no te excuses diciendo que lo poco que tienes lo necesitas para ti y que sólo darás cuando te sobre, porque los que dieron aquellos pocos panes y peces con los cuales el Señor hizo el milagro dieron todo lo que tenían.

Ya estamos a punto de vernos con algunos de vosotros en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. A todos los pido oraciones por el éxito de este evento. En nuestra parroquia vendrán a impartir catequesis dos obispos belgas de lengua francesa y el arzobispo de Toulouse. En un colegio cercano estará el único obispo de Suecia. Os pido especialmente que recéis para que ésta sea una ocasión para que haya personas que puedan conocer e interesarse por la misión del agradecimiento. Seguramente que muchos conoceréis a amigos que vienen a Madrid; invítadles a que vengan a vernos a la parroquia. También podéis difundir la entrevista que me hicieron en EWTN y que ya está en nuestra televisión, en el enlace: http://www.magnificat.tv/fev_santiagomartin1.php Rezo por vosotros y cuento con vuestras oraciones.
P. Santiago



XVIII domingo: Dadles vosotros de comer

31 de julio de 2011

“Se acercaron los discípulos a decirle: ¡Estamos en despoblado y es muy tarde; despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer’. Jesús les replicó: ‘No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer’” (Mt 14, 14-16)

Esta semana el Evangelio nos propone como punto de referencia para nuestra vida el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Hemos elegido, de este hermoso relato, la frase de Cristo, dirigida a los discípulos y referida a la multitud que pasaba hambre: “Dadles vosotros de comer”. Se trata de un mandato vigente, pues sigue habiendo multitudes que pasan hambre.

Nosotros, como aquellos sorprendidos apóstoles, solemos contestar diciendo que no tenemos prácticamente nada con lo que cumplir ese mandato; no somos ricos, no tenemos capacidad para influir en las grandes decisiones políticas, no podemos crear puestos de trabajo. Sin embargo, el Señor está dispuesto a hacer milagros con tal de que pongamos algo de nuestra parte, con tal de que pongamos simplemente lo poco que tenemos.

Por lo tanto, no te fijes tanto en la inmensidad de las necesidades sino en lo que tú puedes hacer. La Madre Teresa decía que lo que podemos hacer es muy poco, pero que ese poco es lo que da sentido a nuestra vida. Será una gota de agua en un desierto, pero al menos habrá quitado la sed a una persona.

Propósito: Examinar nuestras posibilidades de ayudar al prójimo: dinero, tiempo, cultura. Hacer propósitos concretos sobre ello y luego, al final de la semana, revisar lo hecho.

EL VALOR DE LA INTERIORIDAD

No se trata de huir de la realidad, sino muy al contrario. Se trata de resolver los problemas del mundo dentro del corazón de las personas, en la interioridad, en lugar de hacer como tantos que resuelven sus problemas interiores proyectándolos en el mundo, complicando así más a la humanidad. En definitiva, "la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo: ella penetra hasta la raíz del alma..." (Heb 4, 12).

Las grandes renovaciones y revoluciones solo tienen efecto duradero cuando son hechas por hombres que previamente se renovaron en profundidad a sí mismos. Dejando de lado por un momento todo el lenguaje de los mitos, de los cuentos populares, de la poesía y del arte en general, en el contexto de las parábolas del Reino oímos hablar continuamente de esa totalidad y de esa profundidad del interior del ser humano, al menos a través de dos elementos bastante llamativos: los números y los peces.

Comencemos fijándonos en las parábolas que hablan de plenitud. Por ejemplo, la de la moneda perdida (Lc 15, 8-10). Una mujer tenía diez monedas de plata y perdió una. A pesar de ser cosa de poco valor, revolvió la casa y, cuando halló la moneda, llamó a las amigas y vecinas para festejar el hallazgo. Parece un tanto extraño tanto alboroto por una moneda, pero se ha explicado que, en aquel tiempo, las mujeres recibían diez monedas de sus maridos en el día de la boda: la mujer debía guardarlas como muestra de estima y honra a su marido. Perderlas, aunque fuese tan solo una, equivalía a perderlas todas, con la consiguiente falta hacia su marido. Pero no es tan solo esto: la Biblia está llena de comparaciones que hablan de la fuerza interna de los números, y san Agustín llegó a decir que esa ciencia de la numerología era una de las pocas cosas que se podían aprender de los paganos.

En el caso de la moneda perdida, tomando el número fundamental, que es el 1, sumándolo al 2, que representa la primera oposición, sumándolo al 3, que simboliza la primera perfección y sumándolo al 4, que es el símbolo de la plenitud, porque tiene dos pares de opuestos, tenemos el 10, que sería símbolo de totalidad. El mismo símbolo aparece en la parábola de las diez vírgenes (Mt 25, 113), invitadas a una fiesta de boda, y también en el 10 x 10 = 100 de las cien ovejas (Mt 18, 12-14) del pastor que perdió una, o de los cien granos de trigo (Jn 12, 24), producidos por el grano sembrado.

Y resulta interesante que la plenitud interior pueda admitir aun la presencia del "mal". Basta recordar la parábola del campo de trigo (Mt 13, 24-30), en el que un "enemigo" sembró cizaña. Al enemigo lo tenemos dentro: es nuestra "sombra", como dirían los discípulos de Jung, o el conjunto de todo lo que rechazamos y quedó (mal) guardado en nuestro subconsciente.

Jesús enseña que no se trata de erradicar el mal, lo que puede llevarnos a arrancar también lo bueno, sino que más bien debemos detectar al enemigo y cuidar de la plantación hasta el día de la cosecha.

El episodio de la pesca milagrosa (Jn 21, 1-14) se presta también a develarnos una serie de insinuaciones simbólicas en el Reino de la interioridad, pues el pez es un ser vivo que mora en el agua, la que, a su vez, es símbolo de la profundidad misteriosa de nuestro inconsciente. El pez, por otra parte, además de haber sido usado como símbolo de Cristo por los primeros cristianos, aparece en varios pasajes del evangelio: en la pesca, en la elección de los buenos y comparación de los malos para la venta (Mt 13, 47-50), en la búsqueda de la moneda para pagar el impuesto (Mt 17, 27), en la comida que Jesús preparó en la playa después de su resurrección (Jn 21, 9), en la que él comió en el cenáculo con los apóstoles (Lc 24, 42-43), en la multiplicación de los panes y los peces (Mc 6, 41 y S, 7), etcétera. Podemos hacer una verdadera relectura en la que el pez aparece como alimento espiritual, junto al pan, alimento material.

El símbolo del agua se halla presente en toda la Biblia y de modo especial en el evangelio. Además del agua lustral del bautismo, Jesús, por ejemplo, nos hizo esta invitación: "El que tenga sed, venga a mí; y beba el que cree en mí. Como dice la Escritura: De su seno brotarán manantiales de agua viva" (Jn 7, 37-38).

Y todo el mundo mitológico, históricamente anterior a Cristo, y aun el incorporado por los cristianos desde los primeros siglos, está lleno de referencias al agua que penetra en la profundidad de la interioridad, como el Rey Pescador de la historia de Parsival en el descubrimiento del Graal. Aun hoy son famosísimas las sirenas, seres no tanto fantásticos cuanto más bien simbólicos, integrados por una mitad de mujer (humana, sí, pero misteriosa) y una mitad de pez o ave, capaz de conocer los secretos de las aguas profundas y del azul infinito. Además de las sirenas, se conocieron también las ondinas, las mujeres cisnes y otras tantas manifestaciones que demuestran cómo el hombre se preocupó por esa presencia tan próxima y tan abismal de su mundo interior.

Todo eso alude a la fuente de nuestros deseos más radicales y por eso siempre habló con claridad al pueblo sencillo, ayudándolo a descubrir insospechables dimensiones de lo humano. Nosotros estamos buscando en esas vetas de nuestra roca los caminos de la oración contemplativa. Y seguiremos haciéndolo.

Los 7 pasos del método: 1-oración 2-recordatorio de la *Palabra Vida* anterior 3-ronda de testimonios (las obras realizadas) 4-recordatorio del *Tema del Mes* 5-ronda de testimonios (los frutos de la meditación) 6-próxima *Palabra de Vida*, su ejercicio y *Tema del Mes* 7-oración